

nos tienen un caudillo. Si alguien flaquea, yo mismo lo mataré, como matan las águilas a los aguiluchos degenerados que no pueden ver cara a cara el sol.



ACTO II

Han transcurrido sesenticinco días desde que comenzó el sitio de Tenochtitlán. Los españoles han avanzado derrumbando casas y cegando canales con los escombros. Los mexicanos desde hace tiempo no comen sino hierbas y musarañas. La peste siega más vidas que las espadas y los cañones. Triste es la suerte de los culúas. Una casa con dos entradas: una que da a la laguna y otra a la calle mitad canal, mitad terrado. En el fondo, la ciudad en ruinas. A lo lejos sonidos de caracoles, disparos de arcabuces, gemidos, juramentos.

*Cortés se encuentra
en la azotea con su*

guardia y con el intérprete Jerónimo de Aguilar.

En la sala, bajo la azotea, está Marina. Viste arreos blancos bordados de azul y rojo; sandalias de correas doradas que se entrecruzan en sus tobillos desnudos; en el cuello, orejas y brazos joyas engarzadas de esmeraldas.

CORTES

Canales cegados, pilas de escombros, montones de cadáveres, calles henchidas de gente miserable que se muere de hambre, corneta de Guatemuz... Ya no quiero asistir más a este espectáculo. Si ocurre algo, me lo comunicaréis, Aguilar.

AGUILAR

Descuide mi Capitán.

MARINA

Abajo. Con los ojos muy abiertos y las manos en el regazo.

Ya ha pasado mucho tiempo y no viene mi Señor. ¿Cuándo terminará este sitio para tenerlo junto a mí, para oír su voz, para que me vean sus ojos? ¡Oh, cuánto lo amo! No hay sacrificio que no hiciera por su amor. Tenochtlán, yo he ayudado a consumir tu ruina, pero no me ha movido la ambición ni la codicia. No, no. Todo lo he hecho por amor, por su amor, por el amor de Don Hernando, de mi Hernando. No sé cómo me atrevo a llamarlo mi Hernando; pero soy tan dichosa cuando lo digo: de mi Hernando, de mi Hernando, de mi Hernando.

Entra Cortés. Marina se levanta a su encuentro.

Mi Señor, me consumían los deseos de verte.

Cortés avanza austero, con la mano derecha estrujando su bar-

ba prieta; los ojos, de ordinario amorosos, ahora sombríos. Deja ver en su paso que es algo estevado. Se sienta y continúa pensativo. Marina, mimosa, se acerca junto a él, tomándole la mano.

Señor, ¿qué tienes? ¿Por qué apareces ceñudo ante tu Marina? Si te persiguen las preocupaciones, mis brazos son dos ríos de olvido.

Se los echa al cuello.

Si saboreas amarguras, mi pecho es un mar de miel.

CORTES

Apartándola con sequedad.

Déjame.

MARINA

¿Por qué me rechazas, Señor? Concédeme la gracia de que te repita que te amo. Pero no,

perdóname, que no soy sino tu esclava, tu miserable esclava Marina. Señor, yo te adoro. No sé si realmente eres Quetzatcoatl, el Lucero de la Mañana, o Hijo del Sol. Lo único que sé es que eres mi estrella, que eres mi sol, que eres mi dios. Ya los mexicanos no tienen fuerzas para combatir y su sangre ha teñido de rojo el agua de la laguna. Pronto terminará este horrible sitio, sí, muy horrible, porque te arranca de mi lado. Señor, ¿qué te ensombrece? ¿no te alegra la victoria?

CORTES

Entre desazonado y colérico y como hablando consigo mismo.

Me regocijaría si fuera a tomar Temichtitán como la vi maravillado a mi llegada; con sus templos y sus palacios; con sus casas enlucidas, que a los rayos del sol brillaban como si hubieran sido de plata; con sus anchas calzadas; con sus canales como Venecia. Pero, ¿qué es lo que voy a tomar? Escombros, cadáveres. Guatemuz es un enemigo irreductible. Una y otra vez ha rechazado mis parlamentarios.

Entra Pedro de Alvarado.

MARINA

Tonatiú.

Alvarado es mozo y esbelto, muy blanco y rubio, lo que le ha valido de los mexicanos el mote de Tonatiú, el Sol. Siempre se está riendo. Marina abandona su papel de amante y asume su condición de esclava. Cortés se levanta.

ALVARADO

Ya estamos apercebidos en mi real para el asalto de mañana. No puedo mover el brazo de dar cuchilladas.

CORTES

Si no ha sufrido más daño que ese vuesa merced, pronto se recobrará.

40

ALVARADO

El único, y una descalabrada que me dió un perro indio.

Entra Cristóbal de Olid. El futuro rebelde tendrá hasta treinta y seis años. Es rubio y de buen cuerpo, muy membrudo y de anchas espaldas. Tiene el labio inferior hendido. Su voz es gruesa.

CORTES

¿No hay ninguna novedad?

OLID

La gente muy cansada, y muchos sordos de tanto estruendo; pero según barrunto, el sitio ha concluído y le doy la enhorabuena a vuesa merced. ¿Cómo está vuesa merced de la pierna?

CORTES

Aliviado. La herida fue poca cosa.

41

32718
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTREY, MEX.

ALVARADO

Sírvase contar vuesa merced cómo ocurrió.

CORTES

Mis pecados permitieron que sufriera ese descalabro, aunque no fue mi culpa, sino la de Alderete, que no cegó bien aquel paso. Yo estaba herido y a pie. Los mexicanos que me tenían asido gritaban victoria. Olea me salvó la vida, y por dármela, perdió la suya.

OLEA

Gran riesgo corrió vuesa merced.

CORTES

Me habrían muerto si hubieran querido; pero prefirieron tomarme vivo para sacrificarme a su ídolo Huichilobos. A propósito del Huichilobos, en uno de nuestros asaltos a la ciudad le arranqué esta máscara.

La muestra.

ALVARADO

De oro macizo.

OLID

Sus ojos son dos esmeraldas.

ALVARADO

En uno de los días en que era más porfiado el combate, los indios arrojaron a mi real cinco cabezas de los nuestros, jactándose de que habían muerto a vuesa merced. ¡Malinche, Malinche!

CORTES

A mi real lanzaron cuatro cabezas que chorreaban sangre, diciendo que erais vuesa merced y Bernal Díaz del Castillo. ¡Tonatiú, Bernal Díaz!

Los soldados y Jerónimo de Aguilar, que atalayan en la azotea, se muestran muy excitados. Aguilar se aparta precipitadamente.

AGUILAR

Mi Capitán, algo importante ocurre, porque

boga hacia acá un bergantín en medio de mucho tumulto.

Cortés, Alvarado y Olid echan mano a los pomos de sus espadas. Entran soldados y tlaxcaltecas.

SOLDADOS

Albricias y ¡viva Castilla!

TLAXCALTECAS

¡Vivan Tlaxcala y Castilla!

CORTES

¿Qué ocurre?

UN SOLDADO

Guatemuz ha sido preso. Escapaba en una piragua cuando lo prendió el Capitán García de Olguín, que capitanea el bergantín más velero. Gonzalo de Sandoval, Capitán General de los bergantines, reclama la entrega del cautivo

y García de Olguín porfía en traerlo a presencia de vuesa merced.

CORTES

Que vayan los Capitanes Luis Marín y Francisco Verdugo a decirles a Sandoval y Olguín que ambos traigan a Guatemuz, y que yo determinaré cúa es la honra de haberlo tomado prisionero.

Un momento de expectación. Los tres Capitanes desamparan sus espadas.

CORTES

Marina, Aguilar, aderezad el aposento para recibir a Guatemuz.

Marina y Aguilar ponen en orden los muebles.

AGUILAR

Extendiendo un manto en la pared.

Présteme vuesa merced su daga, Don Cristóbal.

Clava el manto con la daga de Sandoval y con la suya.

CORTES

Colóquese vuesa merced a mi derecha, Don Pedro. Vuesa merced a mi izquierda, Don Cristóbal. Marina junto a Alvarado. Aguilar cerca de Olid.

Aparecen Gonzalo de Sandoval y García de Olguín conduciendo a Cuauhtemoc, que entra acompañado de su mujer, de Tettlepanquetzal, del Cihuacoatl y de diez señores principales. Cortés le sale al encuentro y le estrecha la mano.

CUAUHTEMOC

Malinche, no he podido morir en defensa de

mi ciudad y de mi pueblo. Haz de mí lo que quieras.

Pone la mano en el puñal que Cortés lleva al cinto.

Desenvaina tu puñal y márame.

CORTES

No eres acreedor a la muerte, valiente Guatemuz, sino a toda clase de honores. Mucho me pesa que por tu obstinación hayamos venido a estos extremos, y deseo ser tu amigo, como lo fui del Rey Montezuma. Vamos a tomar un refrigerio.

Salen.

(Pausa)

Entra un tropel de soldados mostrando gran alborozo.

UN SOLDADO

¡Viva Castilla!

SOLDADOS

¡Viva Castilla!

UN SOLDADO

Vamos a repartirnos las riquezas de Temichtitán.

OTRO SOLDADO

Vamos a repartirnos el oro.

OTRO SOLDADO

El oro, las joyas y las piedras preciosas.

OTRO SOLDADO

Yo enjaezaré mi caballo con arneses de oro.

OTRO SOLDADO

Yo guarneceré mi lanza con un regatón de oro.

OTRO SOLDADO

El pomo de mi espada será de oro y de esmeraldas.

OTRO SOLDADO

Mi escudo será de oro labrado de arabescos como el de Su Majestad Carlos V.

OTRO SOLDADO

Ya viene el tesorero Julián de Alderete.

Entra el tesorero Julián de Alderete seguido de indios cargados de oro. Depositán en un ángulo su carga, que les parece ínfima a los codiciosos soldados. Se ponen mohinos.

UN SOLDADO

¿Eso es todo?

OTRO SOLDADO

Habrá pasado lo que en el otro reparto, en que con trampas y socaliñas el Capitán tomó para sí la parte del león.

ALDERETE

Haciendo el recuento.

He aquí el oro. Por ser cosas de mucho primor, hemos servido a Su Majestad con las alhajas.

SOLDADOS

¡Hum!

ALDERETE

Se ha apartado también el importe de armas y caballos.

UN SOLDADO

Será un ojo de la cara.

ALDERETE

Este es el quinto de Su Majestad. Este es el quinto de Cortés.

UN SOLDADO

Todo se irá en quintos.

ALDERETE

Este es el sobrante. Cuarto más, cuarto menos, ochenta pesos por cabeza a los jinetes y cincuenta a los peones.

UN SOLDADO

¿Este es el precio de nuestra sangre y fatigas?

OTRO SOLDADO

Yo no lo recibo.

Sale.

OTRO SOLDADO

¿Dónde está Cortés?

ALDERETE

No tardará en venir, porque ya sabe que estamos aquí.

UN SOLDADO

Ya habrá ocultado la mejor parte.

ALDERETE

Quién lo sabe.

Aparece Cortés seguido de sus Capitanes y de Marina.

CORTES

¿Qué algazara es ésta?

La multitud de soldados se apacigua por un momento en presencia de su jefe.

ALDERETE

He hecho la distribución y la gente no está contenta con la parte que le toca.

UN SOLDADO

¿Cómo hemos de estar?

OTRO SOLDADO

Nada más cincuenta pesos.

OTRO SOLDADO

Yo no acepto esa limosna.

Sale.

CORTES

Tal vez no es todo el botín.

ALDERETE

No hay más.

UN SOLDADO

Estará en poder de quien sabemos.

SOLDADOS

Eso es, eso es.

CORTES

No hacer cargos infundados. Os juro por mi conciencia que yo no tengo nada.

UN SOLDADO

Siempre jura lo mismo, aunque sepa que no dice la verdad.

CORTES

Reflexionando.

Quizá Guatemuz....

UN SOLDADO

Sí, sí, que venga Guatemuz y nos entregue el tesoro.

OTRO SOLDADO

Y si rehusa, le daremos tormento.

CORTES

*Volviendo sobre sí y
previendo a lo que con-
ducirá la cólera de sus
soldados.*

Dije Guatemuz, pero puede ser que no haya más oro.

*Inspirado por una
idea que le pasa súbi-
tamente por las mien-
tes.*

A vosotros os consta que no hay más, porque entrasteis a saco su palacio.

UN SOLDADO

Ya estará de acuerdo con él.

OTRO SOLDADO

Que vengan Guatemuz y el otro Rey.

CORTES

Cediendo

Sea. Llamad a Guatemuz y al Rey de Tlaco-
pan.

*Entran Cuauhtemoc y
Tetlepanquetzal.*

CUAUHTEMOC

¿Qué quieres, Malinche?

CORTES

Dulcificando la voz.

Guatemuz, mis soldados quieren oro ; más oro del que está allí y suponen que tú lo has escondido.

CUAUHTEMOC

Con firmeza y mi-

rando fijamente a Tetlepanquetzal.

No hay más oro.

TETLEPANQUETZAL

Lo arrojamos a la laguna.

UN SOLDADO

Que les den tormento.

MARINA

A Cuauhtemoc.

Señor, quieren atormentarte si no confiesas.
Evítate el suplicio y entrega el tesoro.

*Cuauhtemoc la mira
con desprecio.*

CORTES

A los soldados.

Escuchad. Os cedo mi parte si desistís de que
se atormente a Guatemuz.

UN SOLDADO

No es Cortés quien ceda su quinto así como
quiera.

OTRO SOLDADO

Es muy sospechoso que lo defienda.

ALDERETE

Por el quinto que le pertenece a Su Majes-
tad, yo, que soy su tesorero, opino por el tor-
mento.

CORTES

Haced lo que queráis.

*Unos soldados hacen
presa de Cuauhtemoc y
Tetlepanquetzal, forzán-
dolos a sentarse en unos
escabeles. Otros traen
el aceite y los braseros
para el suplicio. Les un-
gen a las víctimas las
manos y los pies.*

CORTES

Guatemuz, confiesa. Di dónde está el oro.

CUAUHTEMOC

No hay más oro, Malinche.

Después de sujetar las manos y los pies de los cautivos, les colocan debajo los braseros con ascuas. Cuauhtemoc permanece impasible. Tettlepanquetzal se retuerce de dolor y torna hacia Cuauhtemoc los ojos implorantes.

TETLEPANQUETZAL

Ya no puedo más. Ten lástima de mí.

CUAUHTEMOC

¿Estoy yo en un lecho de rosas?

Una pausa de profundo silencio, en que no

se oye sino el gotear de aceite y grasa de los pies y las manos de los prisioneros. Horrorizados de su crimen, todos, excepto los sayones, han ido retrocediendo del lugar del tormento.

CORTES

Con indignación.

¿No os da sonrojo? ¡Presto, presto, quitad del fuego a esos hombres!

